

Ramón P. Muñoz Soler

**“EL MISTERIO DE LA FLOR DE
ORO”
Y LA PSICOLOGÍA ANALÍTICA DE
JUNG**

Revista Médica de

Metapsíquica

1949

Año II N° 2 y 3



"El Misterio de la Flor de Oro" y la psicología analítica de Jung

INTRODUCCIÓN

El ocuparnos del análisis y comentario de un antiguo libro chino, considerado de “carácter esotérico”, en una revista científica dedicada al estudio de problemas metapsíquicos, requiere una explicación previa.

Pareciera de primera intención, y en este mismo sentido se ha criticado a Jung, que nos apartamos de la ciencia psicológica para internarnos en los laberintos de la filosofía y de la mística religiosa. Y cuando el que se ocupa de dichos temas es un metapsiquista la crítica puede interpretar mal las cosas y decir: o bien que invade jurisdicciones que no corresponden a la ciencia o que estando enrolado en determinadas doctrinas filosóficas quiere adaptar la metapsíquica a ellas. Ni una cosa ni la otra. Lo único que ocurre es que el metapsiquista, como hombre de ciencia de avanzada, se toma el trabajo de estudiar e interpretar con los métodos que le brinda la psicología moderna el lenguaje simbólico de algunas producciones de la mente humana, incomprensibles a la mente racional, y se empeña en develar su “oculto” significado a la luz de los nuevos conocimientos.

Durante siglos enteros los sueños no habían sido objeto de la ciencia porque se consideraba indigno de un científico ocuparse de temas que estaban en manos de la hechicería y de la superstición; y, sin embargo, cuánta luz arrojó su

conocimiento sobre la estructura y dinámica de la psiquis humana con la interpretación psicoanalítica.

Lo mismo ocurrió con la histeria; los médicos de antes de Charchot no querían ocuparse de prestar atención a las ricas descripciones que los enfermos hacían de sus síntomas porque pensaban que se trataba de simulaciones y que podrían ser engañados a cada paso. Charchot rompió con esa tradición del pasado y siguiendo su ejemplo una pléyade de investigadores, Janet, Breuer, Bernheim, culminando con Freud, prestaron una atención cada vez mayor al estudio de los síntomas neuróticos y al análisis de la vida íntima de estos enfermos, tan descuidada hasta entonces.

Con el movimiento psicoanalítico se inicia una etapa fructífera para la psicología, con nuevas posibilidades en el campo terapéutico y mayor conocimiento de los fenómenos psíquicos.

Algo parecido está ocurriendo actualmente en los dominios de la parapsicología donde hombres ilustres dedican sus mejores afanes a la comprensión científica de productos psicológicos tan naturales y tan antiguos como los sueños y las neurosis -me refiero a los símbolos de casi todas las religiones- y que hasta el presente no han sido considerados mayormente como dignos de un estudio académico.

El psicoanálisis tiene el gran mérito de haber iniciado este importante estudio del simbolismo que ahora la parapsicología amplía con nuevas bases.

Jung, al ocuparse del comentario psicológico de “El Misterio de la Flor de Oro” expone nuevos aspectos de su psicología compleja. Algunos conceptos nos resultan comprensibles, pero para la interpretación de otros debemos

confesar con Mira y López que la psicología junguiana es demasiado “compleja”.

Por otra parte, tanto el comentario de Jung como el nuestro deben considerarse como simples ensayos porque se trata de experiencias psíquicas a las cuales no se ha sometido todavía al análisis experimental que sería de desear.

"EL MISTERIO DE LA FLOR DE ORO"

“El Misterio de la Flor de Oro” es el título de un antiguo libro chino, cuyo nombre original es “*T'ai i Ching hua Tsung*”, oculto durante mucho tiempo en manos de unas cuantas personas interesadas en los estudios místicos y filosóficos del Oriente y que ha tenido difusión en Occidente con la traducción al alemán de Richard Wilhelm.

Posteriormente fue traducido al inglés por Cary F. Baynes (“*The Secret of Golden Flower*”) y al italiano por Mario Gabrieli (“Il Mistero del Fiore d'Oro”).

El comentario de C. G. Jung, cuya autoridad en materia de psicología comparada de los pueblos primitivos es suficientemente conocida, ha dado mayor actualidad a este texto que, de lo contrario, tal vez no hubiera llegado a ocupar el interés de los científicos de nuestra época.

Las enseñanzas del libro, antes de ser impresas, existían en forma de tradición oral y se transmitían por enseñanza directa de un adepto a otro; parece ser que alrededor del séptimo siglo después de Cristo ya había una copia manuscrita de la doctrina (xilografía en tablas de madera) y luego una edición de imprenta en el siglo XVIII. La tradición oral se remonta a la religión o teoría del elixir de la vida (Ching Tan Chiao) cuyo fundador se supone sea el adepto Lü Yen que figura en el libro como el maestro Lü Tzu.

Por otra parte, el libro no ofrece una unidad original sino que los críticos de .religiones comparadas como Wilhelm han señalado las diferentes corrientes de pensamiento que influyeron en el núcleo del cuerpo de doctrina; así, por ejemplo, se destacan influencias del budismo, taoismo, confucionismo, y

hasta del cristianismo por intermedio de la secta de los nestorianos.

Como lo hace notar el traductor italiano M. Gabrieli, no se trata de una obra específicamente filosófica sino de un libro de meditación y experiencia religiosa y en tal sentido debe interpretarse. .

Cuando se lee el texto original por primera vez se tiene una impresión de desconcierto por la gran cantidad de términos que no tienen para nuestra mentalidad moderna un significado comprensible y en conexión lógica con nuestros conocimientos: tales, por ejemplo “la flor de oro”, “la luz del cielo”, “el corazón celeste”, “la circulación de la luz”, etc. Las ideas y conceptos que tales palabras evocan hoy en nosotros no nos permiten con conocimiento preciso y, por lo tanto, no podemos penetrar en el núcleo mismo de la doctrina expresada en el libro. En otras palabras, la comunicación entre el autor o autores del libro (que emplean un lenguaje de la China de hace varios siglos) y nosotros (hombres del siglo XX) no puede establecerse de primera intención porque las palabras utilizadas para expresar el pensamiento no facilitan lazos comunes entre ambas mentes. Esta es la razón por la cual libros de esta clase no tengan mayor difusión aún entre gente culta y que durante cientos de años queden entre un pequeño grupo de “iniciados” que pueden penetrar en lo que para el resto de la comunidad resulta “oculto”.

Por suerte, en “El Misterio de la Flor de Oro” se han juntado los esfuerzos de dos eminentes orientalistas, Wilhelm y Jung, para hacer comprensible a la mentalidad occidental moderna el pensamiento antiguo del Oriente.

A fuerza de ser sincero, yo no podría decir si esa traducción de conceptos ha sido total o, si como parece lo más probable, es sólo un intento de acercamiento a una realidad conceptual que permanece aún inalcanzable.

Quisiera recordar a este propósito lo que dice Gustavo Le Bon en su “Psicología de las Multitudes” al estudiar el valor de las palabras y su significado en los distintos pueblos: “Las palabras -dice- no tienen sino significaciones contingentes y transitorias, que cambian de edad en edad y de pueblo en pueblo. Numerosas son las palabras cuyo sentido ha cambiado y no llegamos a comprender aquel sentido anterior sino mediante un gran esfuerzo. Se ha dicho, con razón, que son precisas grandes lecturas para llegar solamente a concebir lo que significaban para nuestros abuelos palabras tales como: “el rey y la familia real”. ¿Qué no se necesitaría para precisar términos más complejos aún? Y, finalmente, llega a la conclusión de que la traducción completa de una lengua, especialmente tratándose de pueblos muertos, es cosa completamente imposible.

Con estas dificultades y limitaciones previamente conocidas, intentaremos un análisis y comentario de la obra.

El libro comienza dando la noción de Tao. “El ente que es por sí mismo se llama espíritu (Tao). El espíritu no tiene nombre ni forma. Es el ser único, el único espíritu primordial, el Gran Uno: no hay nada por encima de El”. “Es el espíritu del mundo antecedente a toda realización”. Es la luz del cielo, la conciencia celeste, el corazón celeste, la flor de oro.

Esta flor de oro, como el mismo libro lo dice, “es un símbolo que significa la verdadera potencia del Gran Uno Trascendente”.

Revelar el misterio de la flor de oro tiene el significado de conocer y realizar ese principio superior que se halla inmanente en el hombre y a cuya realización tienden, aunque por diferentes vías y distintos métodos, las principales religiones. Para llegar a esta realización superior hay que seguir

cierta vía, de ahí que algunos traduzcan Tao por Vía, con el significado de vía de conocimiento o camino consciente.

Veamos a través del siguiente fragmento de “Los Upanishads” qué similitud existe entre los conceptos del texto chino y las enseñanzas de estos antiguos libros y cómo es necesario descubrir entre diferentes palabras una identidad conceptual:

“Conociendo pues a Brahma por la fuerza de la meditación y por favor de Dios, y realizando la forma superior de vida, es como se muestra a nosotros la suprema verdad, en toda su plenitud”. Este secreto supremo, contenido en la ciencia final de la sabiduría, enseñado en los pasados siglos, no debe ser enseñado a aquel que no posee la paz perfecta, o que menosprecia el deber filial, o que rompe la regla de la disciplina”.

Por su parte, los métodos de la Yoga tienden a la unión del ser personal con el Gran Principio Inmanifestado (Ser Impersonal).

Creo que en estos ejemplos se tendrá una idea bien clara de lo que significa “El Misterio de la Flor de Oro”.

La Flor de Oro es la luz, dice el texto, pero debe interpretarse aquí la luz como un nuevo símbolo que representa a la conciencia (Jung); es una conciencia superior que desde el punto de vista parapsicológico podría llamarse supraconciencia y que constituye el foco de un yo superior, llamado

“Yo Impersonal”, que trasciende al yo personal. Ya veremos más adelante como estos conceptos, no solamente surgidos de estos antiguos libros sino adquiridos por la observación metapsíquica, nos permiten tener un nuevo esquema de la personalidad y del aparato psíquico.

A continuación dice nuestro libro: “La Flor de Oro es el elixir de la vida” (Chin Tan) con lo cual llegaríamos a la conclusión que revelar el misterio de la Flor de Oro equivaldría a obtener el secreto del elixir de la vida o sea la piedra filosofal de los antiguos alquimistas. Pero lo que resulta de un análisis superficial queda contradicho cuando se observan los hechos desde otro punto de vista y esto tiene importancia al estudiar la historia de la alquimia.

Lo que caracteriza especialmente a la alquimia medieval es un cuerpo de doctrina que tiende, mediante la obtención de una sustancia especial llamada elixir de la vida o piedra filosofal, a transformar los metales viles en oro. Aparte de este que podríamos llamar aspecto químico de la alquimia existían profundas relaciones con la medicina y así se afirmaba que el mismo elixir de la vida o el oro potable ingerido producían la eterna juventud del cuerpo.

Cuando se investiga en los orígenes de la alquimia algunos autores llegan a la conclusión de que las fuentes de la misma se remontan al antiguo Egipto donde los sacerdotes de los templos trasmitían sus enseñanzas a un grupo selecta de “iniciados”: Hermes Trismegisto pasa por ser su fundador. Este origen sacerdotal hace que los alquimistas la designen habitualmente con el nombre de “arte sagrado”.

En realidad, se conservan muy pocos escritos originales hallados en antiguas tumbas egipcias siendo las principales obras de autores griegos entre las que se puede citar a Demócrito de Abdera (460 a de J. C.) quién según la tradición

fue iniciado en los misterios del santuario de Menfis, y a Olimpiodoro (siglo V después de J. C.). A pesar de que todos estos escritos están deformados por la leyenda y las opiniones personales de quienes las escribieron, traducen bien a las claras que la alquimia original no se limitaba a aquellos aspectos químicos y terapéuticos de los que hablamos más arriba, sino que era algo así como una "Ciencia de la Naturaleza" que pretendía llegar a la "Sabiduría"; y los más destacadas alquimistas se ocupaban de las relaciones entre los metales y los planetas, de los sistemas cosmogónicos, de ciencias naturales y de la estructura íntima de los elementos.

Durante la Edad Media se fue perdiendo cada vez más este criterio natural de la alquimia y se fue convirtiendo en un conjunto de manipulaciones químicas y mágicas que en manos de los charlatanes desencadenaron muy pronto el final de la alquimia. Todo hace pensar que entre el arte de los últimos alquimistas de fines de la Edad Media y la sabiduría de las filósofos egipcios y griegos hay una gran distancia que es imposible salvar; lástima que no se pueda disponer de documentos históricos como para reconstruir los antiguos orígenes de la alquimia y que ellos estén perdidos y desfigurados por los autores posteriores.

Pero este texto chino que tanto ha interesado a los científicos occidentales y otros libros sagrados hindúes nos permiten enfocar "la teoría del elixir de la vida" desde nuevos puntos de vista que quizá sean los mismos que tenían los antiguos sacerdotes herméticos.

Dice el texto: "La Flor de Oro es el elixir de la vida (Chin Tan)" y para conseguir ese estado superior de conciencia deben tender todos los esfuerzos del discípulo por medio de la meditación y la purificación. Se realiza por esta

vía un proceso “alquimístico” de superación espiritual cuyo centro director y generador es “la luz que está entre los ojos” (Flor de Oro) y que penetra luego en todas las estructuras inferiores, instintos e impulsos.

Pareciera, de acuerdo a lo que acabamos de decir, que hay dos grandes corrientes en la doctrina alquimística del elixir de la vida que corresponderían a dos direcciones del pensamiento humano que divergen cada vez más una de la otra: la primera (vía externa) estaría representada por la alquimia griega y medieval cuyo fin es obtener la transformación de los metales en oro y la eterna juventud por medio del elixir mágico, y la otra (vía interna) estaría representada por ciertas disciplinas místicas y de conocimiento que tienden a la obtención de una conciencia superior cuyos poderes son infinitos y pueden actuar sobre el organismo produciendo una mayor vitalidad (Yoga). ¿Habrá una relación entre ambas modalidades? Desde el punto de vista psicológico esta sublimación alquimística de que acabamos de hablar es un proceso de superación evolutiva de las tendencias inconscientes hacia una conciencia cada vez más amplia. Los psicoanalistas, aun sin vislumbrar estas nuevas interpretaciones de Jung y sin conocer las nuevas orientaciones que la parapsicología da a la psicología general, han considerado siempre al psiquismo humano como un árbol cuyas raíces (instintos y tendencias profundas) se hunden en las profundidades del inconsciente personal y colectivo y cuyas flores se elevan hacia lo alto; entre la flor magnífica y la raíz oscura hay una gran diferencia estructural a pesar de que también a la primera nutre la savia instintiva surgida de las profundidades; la flor, en otras palabras, es un producto sublimado del inconsciente. El mismo significado tiene el simbolismo de la Flor de Oro surgiendo de lo oscuro y las siguientes expresiones del texto: “lo oscuro genera la luz”, o “del plomo se

genera el oro noble”. ¿Habrán tomado los alquimistas griegos y medievales el significado simbólico y alegórico por el verdadero, oculto en los antiguos misterios detrás de los símbolos y las alegorías?

Más adelante se ocupa el libro del “espíritu originario” y del “espíritu consciente”: “El espíritu originario es el verdadero ser y supera tiempo y espacio, está más allá de las oposiciones de la polaridad”. El espíritu primero reside en la cabeza, entre los ojos, es el “corazón celeste”; en cambio, el “corazón carnal” está subordinado al mundo externo y representa a la conciencia personal.

Hay aquí una diferenciación muy importante entre dos centros de conciencia que hasta ahora la psicología clásica no ha tenido en cuenta y que Jung tiene el mérito de haberla puesto bien de relieve y de expresar en claros términos psicológicos lo que aparentemente es oscuro dentro de la terminología de los textos antiguos.

El “corazón celeste” corresponde a un foco de conciencia superior que se expresa con los términos “Yo Imperial”, “Yo Superior”; en cambio, el “corazón carnal” es el espíritu conciente o “Yo personal”.

El estado de vigilia común está centrado por este “yo personal”, pero el individuo puede llegar por superación a actualizar concientemente al yo superior, que tiene carácter cósmico, y cuyos poderes y posibilidades superan al infinito aquellas del yo personal. Ambas categorías psíquicas tienen características especiales que no detallaremos en este trabajo. Sólo queremos hacer notar que esta es una de las contribuciones más importantes que la parapsicología ha aportado al conocimiento del psiquismo humano permitiendo sentar en forma inequívoca lo que antes se había establecido con

bases únicamente especulativas.

La realización del yo superior queda expresada en el texto en forma gráfica de la siguiente forma: “Es como si sobre el trono se sentara un potente y gran señor. Una vez afirmado el poder central todos los súbditos vienen a recibir órdenes de su señor”. Esto último señala en forma simbólica la acción purificadora que “la luz celeste” tiene sobre todas las estructuras inferiores y la subordinación de estas últimas al foco de conciencia superior.

En resumen: por medio de la “meditación” (proceso psicológico), se llega a la “visión de la luz”, es decir, a un nuevo estado de conciencia que es muy frecuente en los místicos, y que Jung califica como “un estado agudo de conciencia igualmente intensa y abstracta, la cual lleva hasta la luz de la sabiduría aquella esfera del devenir psíquico usualmente recubierta de oscuridad”.

Esta realización de nuevos estados psíquicos en el hombre ha sido expresada, con frecuencia, en una forma gráfica y simbólica por medio de los llamados “mandalas” que tienen el carácter de verdaderos “sistemas psicocósmicos”.

El mandala de la Flor de Oro es una hermosa representación artística ornamental que tiene la flor en el centro y un círculo (círculo mágico) alrededor; su traducción en términos psicológicos es la siguiente: El centro del mandala, la Flor de Oro, es Tao, la luz que reside entre los ojos, y que como ya hemos dicho, simboliza el foco superior de la conciencia.

El recinto circular que rodea a la luz central -que también existe en otros mandalas- toma el carácter de “círculo mágico” rodeando al “recinto sacro”; esto corresponde a la idea de la “meditación” o concentración alrededor de sí

mismo y que constituye así mismo una barrera protectora para defender a la conciencia de la acción disolvente del inconsciente.

Este inconsciente ejerce sobre la conciencia organizada una acción que en determinadas circunstancias puede convertirse en peligrosa y hasta llegar a dominarla por completo.

Jung habla de *contenidos autónomos* del inconsciente, a los que clasifica en *reales, relativamente reales e irreales*. Los primeros son aquellos que no reconocidos como tales por la conciencia son proyectados al exterior (mecanismo de proyección). Relativamente reales cuando tienen relación con la conciencia y están en condiciones de ser asimilados: es la noción universal del culto a seres espirituales divinos. E irreales cuando la conciencia tiende a sustraerse a sus contenidos.

Este último sería un estado superior, difícil de alcanzar y sólo realizable por la vía del perfeccionamiento personal; se llega a un estado de conciencia en el que no es posible error alguno (Maya). He aquí las propias palabras de Jung: “No se puede levantar el velo de Maya por una simple resolución lógica sino que es necesaria la más radical y constante preparación consistente en el concienzudo cumplimiento de todos los deberes hacia la vida. En efecto, mientras dura aquella incondicionada esclavitud, de la cual es causa la “cupiditas”, el velo no será eliminado ni se podrá alcanzar la altura de aquella conciencia libre de contenidos y privada de ilusiones que ningún juego de artificio, ningún engaño, puede hacer realizar por fuerza de encanto. Porque se trata de un ideal realizable sólo al final, en la muerte, y hasta que llegue la misma no subsisten más que representaciones de conciencia, “reales y relativamente reales”.

Veamos cómo interpreta Jung la meditación desde el punto de vista psicológico:

“La meditación -dice- es un proceso psíquico por medio del cual se realiza la retirada de la conciencia de los objetos externos y una eliminación de la “participación mística” que al existir no diferencia lo objetivo de lo subjetivo”.

En esta forma se desplaza el centro de gravitación de la personalidad del yo consciente personal a otro centro superior al que llama el Sé, surge una nueva personalidad que realiza el “fruto sacro” o “cuerpo adamantino” o “Flor de Oro”.

“Aquello en que se vuelve en definitiva la conciencia rescatada -dice- no se debe pedir al psicólogo porque de esa forma sobrepasaría estérilmente los límites de su competencia científica”.

En resumen, y a manera de síntesis, la obtención de la conciencia superior equivale al *nacimiento de un nuevo hombre* con potencias desconocidas para el ser personal centrada en la conciencia corriente.

Del adualístico *Uno* se generan dos principios llamados *yang* y *yin*: el primero

se manifiesta como principio activo condicionante y el segundo como principio pasivo, derivado o condicionado.

Dice Wilhelm que en los círculos europeos se ha restringido el significado de estos dos conceptos a lo sexual, considerando a yang como masculino y a yin como femenino. Esto es verdad sólo en parte, como veremos más adelante, puesto que en realidad se extiende a todas las antítesis o polaridades de la personalidad entre las cuales, como es lógico, se encuentran las sexuales. No se trata, por otra parte, de una dualidad metafísica.

Entre las representaciones del inconsciente hay dos que tienen una especial importancia y que se designan con los nombres de *Anima* y *Animus*. La primera tiene carácter femenino, perteneciente al principio *yin*, pertenece al “corazón carnal” y es sede de las pasiones, excitaciones y cólera (polo inferior); el *Animus* pertenece al principio *yang* y es sede de la luz y del razonamiento del hombre (polo superior). Dice Jung:

“La introspección profunda o la experiencia del éxtasis revelan la existencia de una figura femenina en el inconsciente (del hombre) de la cual deriva la denominación de *Anima*, psiquis, alma; de modo que podemos definir el *Anima* como imago, arquetipo o base de toda experiencia que el hombre tiene de la mujer. Motivo por el cual la imagen del *Anima* se proyecta regularmente en la mujer”.

El *Anima* es un sistema parcial psíquico del inconsciente y, por lo tanto, personal. La antítesis es el *Animus*, principio superior que representa la claridad de la conciencia y que Jung diferencia en el hombre y en la mujer. Para el hombre prefiere utilizar en lugar de *Animus* la palabra *Logos* que según él, expresa mejor el espíritu del hombre y reserva *Animus* para el caso de la mujer en quien también tiene el carácter de un *logos* pero de naturaleza inferior.

CONCLUSIONES

Considero que el libro “El Misterio de la Flor de Oro” y los comentarios de Wilhelm y Jung deben leerse pero que su estudio y comprensión sólo están al alcance de los especialistas.

Como se habrá podido apreciar por las someras descripciones procedentes, la psicología de Jung es extremadamente complicada, llena de términos y difícil de aprender en su conjunto, pero aporta muchos hechos de valor indiscutible.

Hay que destacar entre ellos la estructura del inconsciente y los distintos contenidos autónomos que explican muchas perturbaciones psíquicas y algunos fenómenos parapsicológicos o metapsíquicos.

También es digno de tenerse en cuenta la existencia de, por lo menos, dos focos de conciencia, uno personal y el otro impersonal, el primero común y limitado y el segundo superior y trascendente. Este conocimiento tiene aplicaciones prácticas en psicoterapia (superación individual y psicosis en un plano superior de conciencia). La existencia en el inconsciente del hombre de una imagen arquetípica de la mujer, Anima, proyectada al exterior, es un hecho que debe considerarse cuando se trata de explicar algunos fenómenos normales y patológicos.